

mando cuerpo; ya con los caracteres de fundada sospecha, y robustecido con datos al parecer muy congruentes, se extendió por la república de las letras y recibió confirmaciones de D. Bartolomé J. Gallardo y D. Justo Sancha, de D. Adolfo de Castro y Don Cayetano Rossell y de otros muchos hombres de mérito. Conocida hasta la saciedad la historia sería molesto trazarla nuevamente, mas no puede excusarse el trabajo de reunir en abreviado cuadro los principales argumentos que se han aducido para prueba de aquel aserto.

El Prólogo que puso Miguel de Cervantes á la *Parte Segunda de El Ingenioso caballero*, publicado año y medio después que el *Segundo tomo* de Tarragona, contiene no indicios, sino datos muy atendibles para comprender que sabía el nombre y conocía al sujeto oculto tras el supuesto Alonso Fernández. ¿Por qué motivo, pues, no lo expresó desde luego?

Don Gregorio Mayans opinó, con tanta perspicacia como juicio, que la causa de no estampar Cervantes el nombre de su adversario, fué la de que éste era hombre poderoso (1). Nótase, con efecto, en el citado Prólogo cierta deferencia hacia el personaje encubierto, al que además se llama *señor autor* y aún *señor á secas*, y en aquel tiempo no se prodigaban

(1) «Yo estoi persuadido á que el enemigo de Cervantes era muy poderoso, quando un Escritor, Soldado animoso i diestro en el manejo de la pluma i de la espada, no se atrevió á nombrarle.»—*Vida de Miguel de Cervantes*.—Edición de Londres.—Tompson, 1738, pág. 31.

sin causa las *señorías*; y hasta parece encontrarse algún sabor en las frases que se le dirigen, que inclinan á conceder era persona de cuenta.

Recordemos las palabras de Cervantes: «Pero en efecto, le agradezco á este *señor autor*, el decir que mis novelas son más satíricas que exemplares, pero que son buenas, y no lo pudieran ser si no tuvieran de todo. Paréceme que me dices que ando muy limitado, y que me contengo mucho en los límites de mi modestia, sabiendo que no se ha de añadir aflicción al afligido, y que *la que debe de tener este señor*, sin duda, es grande; pues no osa parecer á campo abierto y al cielo claro, *encubriendo* su nombre, *fingiendo* su patria, *como si hubiera hecho alguna traición de lesa magestad.*»

Todo este concepto es interesantísimo. En él se encuentran resueltas muchas dudas de las que se han iniciado al plantear la cuestión y que no debieron suscitarse si se hubiesen consultado con detención las frases de Cervantes. Aparece claramente que éste conocía al autor del *Segundo tomo* de *Don Quijote* cuando sin género alguno de vacilación afirma, distinguiendo intencionalmente, que *encubre* el nombre y *finge* la patria; porque esto no se puede decir sin conocer el nombre y la patria verdaderos; así como se desprende del tono general empleado en todo el párrafo, que la persona de quien se habla era caracterizada, importante, poderosa como dijo D. Gregorio Mayans sin prejuicio alguno.

Analicemos más. Y no se ponga en olvido que es-

tudiamos frases de *Cervantes*; que las palabras están aplicadas con propiedad. El autor *finge* la patria; es decir, que pone una por otra; que escribe que es natural de un pueblo donde no vió la luz. El nombre lo *encubre*; ¿en qué lugar? ¿De qué manera? Eso es lo que procuraré esclarecer más adelante, guiado ya por esta declaración, por este indicio que el mismo *Cervantes* nos ha dado.

Son varias las ocasiones en que indica la verdadera patria del autor del falso *Quijote* (1). Pero donde más determinadamente la dejó consignada fué en el capítulo LXX. Allí, refiriendo Altisidora lo que en su sueño viera en el infierno, donde los diablos jugaban á la pelota con libros malos, *dijo un diablo á otro:—Mirad qué libro es ese;—y el diablo le respondió:—Esta es la Segunda Parte de la Historia de Don Quijote de la Mancha, no compuesta por Cide Hamete su primer autor, sino por un aragonés, que él dice ser natural de Tordesillas.*

Esta afirmación terminante se encuentra muy al fin de la obra. Fundadamente puede creerse que *Cervantes* no conoció la de su rival hasta que llegaba al capítulo LIX de su Segunda Parte; desde entonces la emprende con el distraído continuador y no le deja de la mano, á tuerto ó á derecho, hasta que concluye su libro. Busquemos, por tanto, en estos capítulos, en las expresiones que en ellos pone muy de pen-

(1) *Parte Segunda de El Ingenioso Caballero...*—Madrid.—Juan de la Cuesta.—1615.—Prólogo.—Cap. 61.—Cap. 70.

sado *Cervantes*, como las que dejó copiadas, más indicios de la patria y del nombre del desconocido autor.

Tres cosas halló *Cervantes* dignas de reprensión en Avellaneda la primera vez que hojeó su libro: una las palabras que leyó en el prólogo; otra que el lenguaje es aragonés, porque tal vez escribe sin artículos. Aquélla fué dejada para responderla en su lugar, de prólogo á prólogo, como lo hizo; esta segunda nos declara la patria *fingida* del autor, indicándola de pasada con las faltas de su lenguaje; pero la afirma muy luego diciendo por sí propio, y no por boca de ningún personaje ficticio:—«Verdaderamente creyeron que éstos eran los verdaderos *Don Quijote* y *Sancho*, y no los que describía su autor *aragonés.*»

Viendo, pues, fijada por el mismo *Cervantes* en diferentes lugares y de una manera clara la patria de Alonso Fernández de Avellaneda, no parece aventurado, sino antes lógico y natural, el investigar si en esos últimos capítulos se encuentra también alguna indicación del nombre verdadero. El supuesto autor lo había *encubierto*. ¿Dónde? Esto es lo que veremos muy pronto; porque antes importa conocer si *Cervantes* quiso encubrirlo también y en qué lugar recóndito vino á colocarlo.—Al entrar el caballero en Barcelona, acompañado de D. Antonio Moreno y sus amigos, y en la forma cómica que con tanta viveza se describe en el capítulo 61 «el malo, que todo lo ordena, y los muchachos que son más malos que

»el malo, dos dellos traviesos y atrevidos, se en-
 »traron por toda la gente, y alzando el uno de la
 »cola del rucio y el otro la de Rocinante, les pu-
 »sieron y encajaron sendos *manojos de aliagas* (1);
 »sintieron los pobres animales las nuevas espuelas y
 »apretando las colas aumentaron su disgusto de ma-
 »nera que dando mil corcobos, dieron con sus due-
 »ños en tierra. *D. Quixote*, corrido y afrentado,
 »acudió á quitar el plumaje de la cola de su matalote
 »y Sancho el de su rucio.»—El nombre del autor está
 ahí con todas sus letras y colocado en el lugar que
 merece la obra por él escrita.

Podrán todavía algunos atribuir todo esto á la
 casualidad; pero deben reflexionar que son muchas
 casualidades.

El autor del *Don Quijote* apócrifo era persona
poderosa, era un *señor*, era *aragonés* y se llamaba
Aliaga; y todas estas condiciones se encuentran con-
 signadas en el libro de *Cervantes*.

Zaragoza es el jardín
 Desta *aliaga poderosa*
 Tan fuerte y tan provechosa,

se dice en el cartel del certamen celebrado en aquella
 ciudad cuando Fr. Luis fué promovido á Inquisidor

(1) El blasón del linaje de Fr. Luis, según lo describe Latassa, consistía en una banda, *una mata de aliaga* á la derecha y tres cabezas de serpientes á la izquierda. (Latassa.—*Bibliotheca de escritores aragoneses*.—Zaragoza, 1796-1802.)

general, dándose por casualidad las mismas señas
 que consignaba *Cervantes*.

Tales son las conjeturas y las razones que militan
 para atribuir la paternidad de la *Quinta Parte del
 Quijote* al desconocido poeta de los certámenes de
 Zaragoza *Alfonso Lamberto* ó al conocidísimo y re-
 voltoso *Fr. Luis de Aliaga* (1).

Pero tampoco es para puesta en olvido, aunque
 sólo la indique de pasada, por haberse insistido mu-
 cho sobre ella y publicado repetidas veces, la coinci-
 dencia de las sentencias de los vejámenes de Zaragoza
 en 1614, con la alusión que encierra la satírica décima
 del Conde de Villamediana dedicada al destierro de
 Fr. Luis. En Zaragoza habían dicho en el un cer-
 tamen:

A *Sancho Panza* estudiante,
 Oficial ó paseante,
 Cosa justa á su talento
 Le dará el verdugo ciento
 Caballero en *Rocinante*.

Y en el otro, aclarando aun más el concepto con
 la copia de frases de Avellaneda en el prólogo de su
 libro:

(1) Aun queda nuevo lugar á la duda, de si podrá ser también *ca-
 sualidad* el que D. Blas Nasarre, al reimprimir por primera vez el
Quijote de Avellaneda, hiciera poner la *Aprobación* á nombre del
 Liedo. D. Francisco Domingo, Beneficiado de la Iglesia Parroquial de
Aliaga, aunque está firmada en Madrid á 20 de Diciembre de 1730.

Al blanco de la ganancia
 Dice con poca elegancia
 Que la ignorancia descubre
Sancho Panza, y él encubre
 Las fuerzas de su ignorancia.

Aquellos vejámenes se dirigieron al autor del falso *Quijote*; pero aun quedaba por aclarar quién era éste, ¿á qué persona se aplicaban las referencias? La décima del Conde de Villamediana puede servir de respuesta.

Sancho Panza el Confesor
Del ya difunto Monarca
 Que de la vena del arca
 Fué en Osuna sangrador,
 El cuchillo del dolor
 Lleva á Huete atravesado,
 Y en tan miserable estado
 Que será, según he oído,
 De Inquisidor, inquirido,
 De Confesor, confesado.

Patente aparece, pues, el sujeto á quien en la Corte apodaban Sancho Panza y al que sin duda aludían en Zaragoza.

Ocupémonos ya de la última probanza, emanada de la pluma del escritor mismo cuyo nombre se busca; pues parece cosa convenida dar cierta fuerza,

mucho valor á las inducciones anagramáticas; y lo haré con suma brevedad para que resalte más la evidencia.

Tanto D. Cayetano A. de la Barrera, y después de él Tubino y otros, como D. Marcelino Menéndez y Pelayo, coinciden en la afirmación de que el supuesto Avellaneda *encubrió* su verdadero nombre en las primeras frases del capítulo primero de su obra, siguiendo el ejemplo de muchos escritores de aquella edad y aun de tiempos muy anteriores que al publicar libros anónimos dejaron declarados por ingeniosos medios sus nombres, para que no se les privara, andando el tiempo, de los honores de la composición. El uno encuentra allí el nombre entero de *Alfonso Lamberto*: el otro ve con toda claridad el apellido *Aliaga*, su cualidad de verdadero autor y su ascendencia aragonesa. ¿Cuál de ellos acierta? ¿Cuál puede estar más cerca de la verdad?

Desde luego hay que reconocer que para obtener el nombre de *Alfonso Lamberto* es preciso cortar un período donde no hace sentido, dislacerarlo, alterar el orden de las letras, tomando catorce de las treinta y nueve que lo componen, y trocar la *n* en *m*, porque tal letra no está en la frase señalada, en esta forma:

11-7 8-10-6 1-2 5-3 4 13-14-12 9
 «El sabio Alisolan historiador no...»

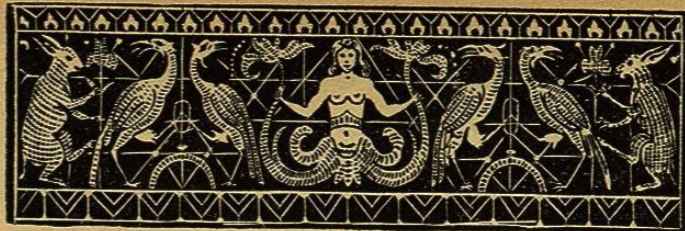
Colocando por su orden las letras numeradas, forma D. Marcelino Menéndez y Pelayo un nombre

y un apellido, *Alonso Lamberto*, aunque sea de notar que el poeta de Zaragoza se nombra siempre *Alfonso*.

Para aceptar la conjetura del Sr. la Barrera, nada hay que alterar, suprimir ni trocar; basta leer el concepto algo más extenso, pero tal como está escrito.

«El sabio ALÍ-solan, historiador *no menos moderno que verdadero*, dice que siendo expelidos los moros AGA-renos de Aragón, *de cuya nación él descendía...*»

No haré comentarios. Presentadas quedan al lector desapasionado ambas opiniones sin tratar de prevenir su juicio. Pero al ver tan lisa y claramente puesto el nombre de ALI-AGA en los primeros renglones del falso *Quijote*; al leer que *Cervantes*, ocupándose de la obra, dice «*su autor aragonés*» y que pone bajo las colas del Rocinante y del rucio sendos manojos de *Aliagas*, ¿no se inclina el ánimo á tener por el autor de aquel mal libro y perpetrador de aquella mala acción al sujeto poderoso, al señor autor que llevaba aquel nombre?



LOS ACADÉMICOS

DE ARGAMASILLA



LA residencia de *Miguel de Cervantes Saavedra* en Argamasilla de Alba, es un hecho, á mi ver, que no necesita otra prueba que la lectura del *Ingenioso hidalgo*; por más que hoy un espíritu que se llama crítico, y que yo no vacilaré en llamar indiscreto, haya tratado de ponerla en duda. Pruébanla clarísimamente, prescindiendo de otros datos, aquellos nombres de los ACADÉMICOS, fingidos autores de los versos escritos en vida y muerte de *Don Quijote de la Mancha*, que se encuentran al fin de la *Primera parte* de esta obra.

Hoy que tanto se cavila sobre el sentido interno que *Cervantes* quiso dar á su epopeya, que tanto se